

. ENTREVISTAS

Entrevista

Ricardo Alarcón

1. Ante todo, queríamos agradecerle la oportunidad que nos ha brindado de poder conversar sobre algunos temas de interés internacional, especialmente acerca de algunos aspectos que se refieren a la política exterior cubana.

Nuestra primera pregunta se dirige a un tema que algunos académicos vienen explorando, a veces de modo especulativo. Se habla de un mayor pragmatismo cubano en las relaciones con los Estados Unidos; de que Cuba tiende a ampliar sus relaciones con América Latina; de una posición moderada y negociadora con respecto a los problemas de la crisis centroamericana.

¿Considera usted que en la década del 80 se han producido cambios o innovaciones sustanciales en la política exterior cubana?

R. A. Al abordar esta cuestión habría que preguntarse: ¿se han verificado o no cambios en América Latina? La respuesta es clarísima. No tengo la menor duda de que nadie hubiera podido plantear el problema que la pregunta presenta en otra circunstancia si no hubiera habido esos cambios en América Latina.

Contrariamente a lo que se ha dicho, Cuba no ha modificado su política.

Para cualquier análisis serio no se trata sólo de ver la política exterior cubana, sino de entender la realidad regional en su conjunto.

Una política exterior seria, como la nuestra, tiene que tomar en cuenta la realidad objetiva en que se desarrolla, su evolución, sus tendencias. Si hay algo fácil de apreciar son las transformaciones que se han producido en la realidad latinoamericana. Nosotros no ignoramos esos cambios. Ese es un defecto de la política yanqui, pero no de nuestra política.

El problema fundamental es ver si se han creado nuevas condiciones que permitan que Cuba se plantee con una perspectiva razonable el desarrollo de relaciones con los Estados latinoamericanos. Ello es posible ahora. No porque los cubanos hayamos cambiado de modo de pensar, sino porque en esos países se han producido cambios que determinan que este enfoque sea posible políticamente hablando. Esto es lo importante, y tiene mucho más que ver con la crisis económica, con el conjunto de las relaciones de América Latina con los Estados Unidos y con la evolución de las sociedades latinoamericanas.

Además, hay otro elemento que a pesar de su importancia tiende a ser pasado por alto: el mayor interés que existe por desarrollar las relaciones interlatinoamericanas. Tradicionalmente las relaciones interestatales entre los latinoamericanos habían tenido un carácter más bien formal: coincidencias en organismos internacionales, hermandad, etc., pero en concreto, en general, no

había habido tanta iniciativa y no se había tratado de darle a esas relaciones un contenido más real.

Un rasgo importante y actual para cada país latinoamericano lo constituye la búsqueda de cómo se puede desarrollar más concretamente las relaciones interlatinoamericanas. No se limitan al intercambio de embajadores ni a cubrir una serie de expedientes formales, sino que hay realmente un esfuerzo común por analizar en qué podemos comerciar, en qué área se puede colaborar más. Esto es así con todos los países con los que tenemos relaciones.

Refiriéndonos al desarrollo reciente —que tiene que ver con la situación económica global, con la tendencia que se ha ido produciendo en todo el mundo a la creación de espacios económicos multinacionales, etc.— la América latina se ha ido desenvolviendo hasta llegar a la conciencia de que hay que desarrollar esas relaciones.

2. Cuando abordan las relaciones de Cuba con América Latina, algunos especialistas en política exterior destacan como momento clave a la guerra de las Malvinas.

R.A.: Es un proceso que realmente se desarrolla de un modo irregular. No es fácil encontrar un momento en que sea perceptible como movimiento para toda el área.

Hay elementos que preceden a la reunión de la OEA de 1975 en Quito y que constituyen un antecedente de dónde se produce el cambio. Los países independientes del Caribe plantean el restablecimiento de relaciones con Cuba; esto se produce en 1972, a nivel de los cuatro países que en esos momentos eran Estados independientes: Trinidad-Tobago, Guyana, Jamaica y Barbados. Después de su independencia, estos países comienzan a participar en la arena internacional y van señalando estos cambios.

En 1970, en una reunión en Caracas del Consejo Interamericano Económico y Social, Trinidad-Tobago, en la voz del propio Eric Williams, expuso en la OEA su oposición a la exclusión de Cuba.

En esa época ya hay toda una serie de cambios que se vienen dando: está Allende en Chile; Torrijos en Panamá; Velasco en Perú; o sea, hay un conjunto de hechos que no se pueden explicar por “una nueva percepción cubana”, sino que descansan en el propio desarrollo lógico de la realidad latinoamericana.

En realidad, el problema de las Malvinas es de todos, es un problema latinoamericano. Es la primera vez que una fuerza extracontinental interviene militarmente dentro del área cubierta por el Tratado de Río de Janeiro. Hasta ese momento el Tratado de Río había sido manipulado por los Estados Unidos y lo habían empleado como instrumento de agresión contra nuestros pueblos valiéndose de la retórica anticomunista de la guerra fría.

Con las Malvinas lo que se produce no es una confrontación Este-Oeste, sino una violación efectiva del espacio interamericano; algo para lo cual existía el Tratado de Asistencia Recíproca. Hay una flota extranjera que invade realmente, que ataca y produce una guerra de verdad. Por primera vez se tiene que tomar una decisión frente a un ataque militar de una potencia europea, y la parte extracontinental no es el socialismo, sino Gran Bretaña con los Estados Unidos detrás. Este es un golpe mortal a toda la concepción de la “libertad interamericana” y un factor muy importante en términos de la solidaridad interlatinoamericana.

Prácticamente todos los países de América Latina, con las excepciones de Pinochet y Turbay, respaldaron a la Argentina. A esto se unió un descubrimiento de lo que era el Tratado de Río. En esos días, si se revisan las revistas latinoamericanas, aun las más conservadoras, se ve que se produce un rechazo abrumador a Gran Bretaña.

Yo creo que es un factor importante en términos de la conciencia y la necesidad de la solidaridad latinoamericanas. Pero además de eso, no puede olvidarse que hubo otro efecto importante, y es un poco el regreso de la Argentina a la América Latina. Durante un buen tiempo los gobernantes de la Argentina consideraban que su país no tenía nada que ver con el resto de la América Latina. Entonces encuentran que la solidaridad latinoamericana es su fuerza verdadera y que en su confrontación con Gran Bretaña existe un respaldo latinoamericano. Y eso ha creado un nuevo interés en América Latina, un interés renovado en el Movimiento de los Países No Alineados, por ejemplo, del cual los argentinos eran miembros, pero sólo formalmente.

3. ¿Cuál ha sido la actitud de los Estados Unidos con respecto a las posiciones que Cuba mantiene sobre el conflicto centroamericano? ¿Podríamos verlo en cuanto a la interrelación que la administración norteamericana podría establecer entre las cuestiones estrictamente bilaterales cubano-norteamericanas y el conflicto centroamericano, ya que se ha especulado bastante en este sentido e incluso se ha empleado el término “negociación?”

R. A. Los problemas bilaterales entre Cuba y Estados Unidos son una cosa y el conflicto centroamericano otra bien distinta. Quizás el único elemento común a ambos es que el causante de los dos es el mismo: el gobierno norteamericano.

El diferendo bilateral entre Cuba y Washington surgió con el triunfo de nuestra Revolución como consecuencia de una política agresiva, injerencista, que pretenda inútilmente derrotar el proceso emancipador iniciado por nuestro pueblo. A partir de ahí comenzó un largo expediente que es bien conocido y cuyo saldo también es evidente: nuestra Revolución prevaleció sobre sus

enemigos y quienes han querido destruirla sólo han cosechado el fracaso de sus planes criminales.

El llamado conflicto centroamericano es en verdad el conflicto entre el imperialismo estadounidense y los pueblos de esa región. Para resolverlo Washington tendrá que abandonar su actual estrategia agresiva e intervencionista. Eso supone un cambio importante en la política yanqui, que implicaría poner fin a su guerra contra Nicaragua, renunciar a sus acciones contrarrevolucionarias en El Salvador y en Centroamérica. Si los yanquis quisieran negociar en lo que respecta al llamado conflicto centroamericano tendrían que hacerlo con los sandinistas y con los revolucionarios salvadoreños.

4. ¿Cree usted que ese cambio pueda producirse? ¿Considera que los Estados Unidos estén en disposición de buscar soluciones pacíficas, negociadas?

R. A. Hasta ahora de la Casa Blanca sólo se escuchan los tambores de la guerra. Todos los signos que de allá provienen indican que Washington persiste en su empeño por destruir a la Revolución Nicaragüense, aniquilar a los revolucionarios salvadoreños y perpetuar su opresión sobre los pueblos centroamericanos. Esa es la razón por la que no ha sido posible encontrar una solución pacífica al conflicto.

Pero esa política está condenada al fracaso. Si los Estados Unidos continúan ese camino, si intensifican su intervención, al final no encontrarán la victoria sino un enorme Vietnam. Sería un error colosal de consecuencias impredecibles para los Estados Unidos. En Centroamérica enfrentarán una resistencia de acero que los agresores no podrán vencer. Esa resistencia, unida a la gigantesca repulsa de América latina y a la oposición del propio pueblo norteamericano, terminaría por derrotarlos finalmente.

5. ¿Cree usted entonces que es difícil evitar la guerra en Centroamérica?

R. A. Cuando se habla de esa guerra como posibilidad, como hipótesis, se está adoptando un punto de vista extraregional, se está mirando el problema como un observador externo preocupado realmente por la extensión del conflicto.

Porque para los centroamericanos la guerra es una realidad desde hace mucho tiempo. Proporcionalmente en El Salvador y Nicaragua han muerto más personas que los norteamericanos caídos en todas las guerras en que los Estados Unidos han participado en este siglo. ¿De qué paz puede hablarse, además, a los centenares de miles de desplazados en esa región? ¿Quién ha calculado los enormes daños materiales y los indecibles sufrimientos humanos acumulados durante estos años por la intervención yanqui en Centroamérica? De lo que se trata no es de evitar una guerra que existiese como amenaza, como posibilidad, sino de poner fin a la guerra verdadera, a la que ya existe.

Ese es, además, el único modo de evitar que las llamas de la guerra verdadera se extiendan y quemén también a quienes no quieren verla aún.

6. Pronto se cumplirán tres años del surgimiento del Grupo de Contadora. En ese periodo sus gestiones diplomáticas han sido numerosas y han recibido un apoyo virtualmente universal. Sin embargo, el conflicto centroamericano se ha agravado. ¿Qué posibilidades tienen a su juicio esas gestiones?

R. A.: Como se sabe, el gobierno de Cuba ha dado su categórico respaldo a los esfuerzos del Grupo de Contadora para alcanzar soluciones pacíficas a los problemas de Centroamérica, sobre la base del respeto a los derechos inalienables de los pueblos de esa región y de los principios del derecho internacional. Hemos manifestado claramente nuestra disposición a respetar los acuerdos que, sobre tales bases, pudieran adoptar los países directamente involucrados.

Las posibilidades de alcanzar esas soluciones dependen completamente del gobierno de Estados Unidos. Desde que surgió el Grupo de Contadora los gobernantes yanquis han actuado en un sentido totalmente contrario a la paz. “Por sus obras los conoceréis”, según reza un dicho tan antiguo como nuestra civilización.

Ahí están las acciones yanquis delante de quienes tengan ojos para ver y oídos para oír: su guerra sucia contra Nicaragua, su creciente intervención en El Salvador, su permanente despliegue de fuerzas militares en el área, la virtual ocupación del territorio hondureño.

En estos tres años, mientras se multiplicaban las gestiones diplomáticas de Contadora, se hacían también más desvergonzadas las acciones del imperialismo: el minado de los puertos nicaragüenses, el financiamiento público de los “contras” dirigidos por la CIA, el bloqueo económico a Nicaragua, las declaraciones del propio Reagan proclamando su voluntad de destruir a la Revolución Sandinista, el desacato yanqui a la orden de la Corte Internacional de Justicia, el descomunal incremento del apoyo material al régimen salvadoreño y las constantes maniobras militares en suelo hondureño. En esas circunstancias, es obvio que lo que avanza en Centroamérica no es la negociación sino la guerra.

Para alcanzar la paz en esa parte del mundo hay que derrotar primero la estrategia agresiva de los Estados Unidos. Hay que obligar a Reagan a poner fin a su política intervencionista.

Para ello es indispensable, junto a los nobles esfuerzos de Contadora, la lucha resuelta de todas las fuerzas democráticas de América Latina y del mundo para detener a los agresores yanquis. Porque en última instancia en Centroamérica está en juego también la independencia de América Latina.

En definitiva Contadora nació como expresión de la voluntad latinoamericana de afirmar la soberanía de nuestras naciones. En interés de todos nuestros pueblos debemos actuar para que ese esfuerzo latinoamericano culmine exitosamente, para que cumpla la única misión histórica que puede tener: contribuir a la heroica resistencia centroamericana frente a la agresión yanqui.